

Homer, *Iliada*

Resums del Cants XX, XXI i XXIII

Resum del Cant XX (Y)

Θεῶν μάχη	La batalla dels déus
-----------	----------------------

Zeus permet que els déus intervinguin en la guerra, a fi d'evitar que els aqueus entrin immediatament en Troia. Els déus es distribueixen segons les seves preferències, i Apol·lo atia Eneas contra Aquil·les, però Posidó l'aparta de la batalla quan és vençut pel Pelida: el destí diu que els seus descendents regnarán a Troia.

Hèctor vol escometre Aquil·les, però Apol·lo li ho desaconsella. Quan Aquil·les mata el seu germà Polidor, Hèctor l'ataca, però Atena desvia la seva llançà, i Apol·lo li desaconsella apropar-s'hi. Al llarg de tot aquest cant té lloc un veritable carnatge de troians a mans d'Aquil·les, que continua en el següent.

Resum del Cant XXI (Φ)

Παραποτάμιος μάχη	La batalla a la vora del riu Escamandre
-------------------	---

Aquil·les persegueix els troians que s'havien llançat al riu Escamandre, també anomenat Xantos, per creuar-lo i poder salvar-se, i n'agafa dotze de vius per sacrificar-los a la pira de Pàtrocle. També mata, entre d'altres, Licàon, fill de Príam, i Asteropeu, fill d'aquest d'aquesta divinitat fluvial, que havia aconseguit ferir-lo lleument.

Aleshores, el déu-riu, adoptant forma humana, prega Aquil·les que no llenci més cadàvers a les seves aigües, sinó que faci la seva persecució fora de la seva llera. L'heroi així li ho pomet, però poc després torna a saltar enfurit dins el seu corrent, i això provoca la fúria de l'Escamandre, que desborda els seus marges i inunda la plana tot perseguint Aquil·les, que vacila però finalment supera l'atac amb l'ajut d'Atena i Posidó. Tot seguit, el Xantos demana ajuda al riu veí, el Simois, però Hera envia en contra d'ell el seu fill Hefest, que cala foc a les seves ribes, tot eixugant la plana, i aconsegueix així que el riu Escamandre es retiri a la seva llera.

Pel seu cantó, la resta dels déus continuen la lluita que entre ells mateixos havien iniciat en el cant anterior: Atena venç Ares i Afrodita, Posidó fa fugir Àrtemis, Hermes fa el mateix amb Leto... I finalment, tots retornen a l'Olimp. Al mateix temps, Príam fa obrir els portals de Troia per acollir les seves tropes, i Apol·lo pren la figura del troià Agènor per retenir Aquiles a la planura, lluny de les portes, mentre els troians en desbandada entren en la ciutat per refugiar-se rere del seus murs.

Resum del Cant XXIII (Ψ)

Ἀγών ἐπιτάφιος	Jocs fúnebres en honor de Pàtrocle
----------------	------------------------------------

Aquil·les amb els seus mirmídonos dóna voltes al cadàver de Patrocle. Per ultratjar-lo, posa el cadàver d'Hèctor al costat del de Patrocle, però bocaterrosa. Els aqueus van a la muntanya a fer llenya per bastir la pira de Pàtrocle, la qual és encesa i arborada pels vents Bòreas i Zèfir. L'endemà al matí els ossos de Patrocle són recollits i posats dins una urna d'or que és enterrada provisionalment, en espera dels d'Aquil·les, que per indicació seva també hi seran posats.

Tot seguit, se celebren els jocs funeraris en honor de Pàtrocle: cursa de carros, pugilat, lluita, cursa pedestre, combat, llançament disc, tir amb l'arc, llançament de javelina.

Sobre aquest Cant, llegiu també aquest resum i comentari del professor Antonio López Eire:

Este canto XXIII consta de dos partes bien claramente diferenciadas: los funerales y los juegos, que se unen en el verso 275.

En la primera nos topamos con una descripción emocionante y al mismo tiempo rigurosa de la ceremonia fúnebre: los mirmidones, montados a caballo, dan vueltas en torno del cadáver de Patroclo. Luego, Aquiles inicia las rituales lamentaciones, impone sus manos sobre el pecho del muerto y le da cuenta de la venganza que piensa cobrarse del cadáver de Héctor. Seguidamente, tiene lugar el banquete funeral. Aquiles participa en él, pero no en compañía de sus mirmidones, sino con los caudillos aqueos. Más tarde, dormido a la orilla del mar, se le aparece el alma de Patroclo, que le ruega se dé a su cuerpo sepultura. Al día siguiente se le prepara la pira. Aquiles ofrenda su cabellera al difunto Patroclo, e invoca a los vientos, que, por mediación de Iris, acuden a avivar el fuego de la hoguera mortuoria. Luego se apaga la pira, se recogen los huesos del héroe muerto, que se guardan en urna de oro, y se construye su tumba.

En toda esta primera parte del canto XXIII, el dolor violento de Aquiles, sus salvajes ansias de venganza y los bárbaros ritos funerarios que dedica a su amigo, se mezclan con la melancolía, la aflicción del héroe por la muerte del fiel compañero de armas y la suave tristeza que en su alma provoca saber que también su fin está próximo.

La segunda parte, los juegos, sirve de contraste a tanto funeral, luto y abatimiento de ánimo. En la Grecia arcaica los juegos funerales en honor de los difuntos señalados eran parte fundamental de los ritos funerarios. En la propia Ilíada se mencionan los de Edipo (XXIII 679) y Amarinceo (XXIII 629-631). La carrera de carros, el pugilato, la lucha, la carrera pedestre, el combate con armas, el lanzamiento del disco (o del sólo o bloque de hierro), el tiro con arco y el lanzamiento de jabalina son las pruebas que se suceden en esta segunda parte del canto, muchas de las cuales constituirán ejercicios indefectibles en los

Juegos Panhelénicos (como las Olimpiadas), porque habían sido establecidos nada menos que por Heracles, según refiere el poeta Píndaro en su Olímpica X.

Toda esta segunda parte, pues, nos distrae con su acumulación de abigarrados lances y la sucesión de incidentes de varia suerte. Dominan en ella los rasgos de humor, simpatía y benevolencia, y en consonancia con este nuevo tono distendido y blando, se nos presenta en ella un inesperado e insospechado Aquiles, complaciente, conciliador, generoso, comprensivo, que se acuerda con frecuencia de su difunto amigo Patroclo, y está siempre dispuesto a la reconciliación, muy distinto del Aquiles vengativo que prometiera a su compañero de armas muerto echar a los perros el cadáver de Héctor, y muy próximo ya, en cambio, al Aquiles que con lágrimas en los ojos devolverá a Príamo el cuerpo sin vida de su hijo, el gran héroe troyano.

Sobre el Cant XXIV, llegu igualmente el resum i comentari del professor Antonio López Eire:

El canto XXIV de la Ilíada es por antonomasia el canto de la compasión y la piedad.

En efecto, el sufrimiento y la piedad y la conmiseración que suscita recorren esta rapsodia verso a verso. Y justamente por ello este canto encaja perfectamente en el conjunto de la obra, pues en él culmina esa tragedia heroica que es la Ilíada (recordemos que según Platón [República 598d] Homero descubrió el sendero de la tragedia), en la que se nos representa magníficamente a la humanidad soportando el duro peso de la guerra y sufriendo el irremediable trance de la muerte.

El canto XXIV está íntimamente unido al canto VI, uno de los más importantes dentro del conjunto estructural del poema. En él Héctor y Andrómaca se encuentran, dialogan y prevén la catástrofe que les amenaza: la muerte del 'pilar' de Troya —que es lo que la voz Héctor significa en griego—, la destrucción de la ciudad, y el triste destino de la mujer y del hijo del héroe troyano. Pero a pesar de estos ciertos aunque tristes presentimientos, y del amor a su esposa y a su hijo, el gran héroe troyano afronta virilmente su destino. Y así, en el canto XXII decide enfrentarse a Aquiles en combate singular, pues según su código de honor, que cumple puntual y aun puntillosamente, nada vale la propia vida en comparación con la honra del guerrero que combate noblemente por su ciudad. Esto, del lado troyano.

Entre las filas aqueas, también Aquiles conoce cabalmente su trágico y heroico futuro. En el canto XIX se dirige en tono de reproche a su caballo Janto, que prodigiosamente profetiza la muerte del Pelida, y le dice (XIX 420-1) que ya él mismo sabe muy bien el destino que le espera, a saber: morir en tierra troyana y no regresar a su querida patria. He ahí, pues, otra tragedia heroica, o la misma, si se quiere, sólo que gestándose en el otro bando de los combatientes: un guerrero es consciente de que sobre él pende la muerte, y, no obstante, rechaza de su pensamiento esa amenaza.

Por eso Aquiles y Héctor, Héctor y Aquiles, son los héroes, los seres humanos que afrontan la tragedia (la guerra y la muerte) que se cierne constantemente sobre la

humanidad, y lo hacen con dignidad y valentía. Héctor dejó bien claras esas prendas de su alma al acudir valientemente a enfrentarse con Aquiles pese a sus negros y desesperanzadores presentimientos. Pero también el hijo de Peleo se encamina valerosamente hacia su inevitable destino de mortal: la muerte, que sabe le encontrará pronto en suelo enemigo. Y precisamente por ese temple heroico, por esa entereza de su irritable carácter, es capaz de sentir piedad por Príamo y llegar incluso a consolarle en este canto XXIV que nos ocupa. Los hombres deben ser –nos dice el poeta en este canto– heroicos y a la vez compasivos; lo uno por lo otro. El héroe desafía la muerte y acepta con gallardía y brío su destino, y, de este modo, al conocer mejor que nadie su miseria y su incapacidad ante el hado, siente piedad de sus semejantes cuando los ve convertidos en presas del infortunio o en víctimas de su humana impotencia.

En el canto XXIV los dioses otorgan honor por igual a Aquiles y a Héctor. Este último ha muerto, pero quien lo mató tampoco tardará en morir. Y caerá Troya. Y de toda esta tragedia desoladora que entregó a Hades millares de guerreros bravos sólo se salvarán el heroísmo y la piedad, virtudes esencialmente humanas, que hunden sus raíces en la condición propia de los hombres.

En el canto XXIV, canto de la compasión, la conmiseración y la piedad, los dioses se compadecen de Héctor, del mal trato que Aquiles está infligiendo a su cadáver, ultrajes que el cuerpo de un héroe y piadoso mortal no merece. Aquiles depones su cólera y acepta piadosamente la súplica emocionada de un padre (Príamo) que solicita se le entregue el cadáver de su hijo (Héctor) y hace esta petición arrodillado ante quien se lo matara (Aquiles). Y finalmente, se celebran las honras fúnebres en honor de Héctor. Y así, la cólera de Aquiles del primer verso de la *Iliada* se convierte en el funeral del mejor de los troyanos en el último verso del poema (Así ellos celebraban con sumo celo las exequias de Héctor, / domador de caballos). Pero previamente, en el canto XXIV, se nos ha hecho ver que, en medio del sufrimiento y de la muerte, lacras inevitables del género humano, miserias consubstanciales al ser del hombre, la condición humana no puede disimular dos rasgos también propios de su esencia dotados de innegable grandeza: la piedad y el heroísmo.